

DONDE ACABAN LOS MAPAS Y EMPIEZA EL MUNDO:
EL LIBRO XX DE LA *HISTORIA GENERAL Y NATURAL*
DE LAS INDIAS DE GONZALO FERNÁNDEZ DE
OVIEDO (1478-1557)¹

Alexandre Coello de la Rosa

Universitat Pompeu Fabra/CSIC – ICREA Academia

Resumen: Este artículo explora algunos de los episodios narrativos y ficcionales del libro XX de la *Historia General y Natural de las Indias* (Valladolid, 1557), de Gonzalo Fernández de Oviedo. En primer lugar, analizo la construcción del héroe homérico como ejemplo de la narrativa imperial del siglo XVI. En segundo lugar, examino tres casos de seres maravillosos –los gigantes patagones; las aves extraordinarias *mamieco-diatta* y los hombres con orejas luengas de la isla de Gilón– como ejemplos de una verdad retórica que sirvió para amplificar la dimensión universal del imperio hispánico de Carlos V.

Palabras clave: Fernández de Oviedo – océano Pacífico – mitos – Imperio hispánico.

Abstract: This article explores some narrative and fictional episodes of book XX of the *Historia General y Natural de las Indias* (Valladolid, 1557), by Gonzalo Fernández de Oviedo. First, I analyze the construction of the Homeric hero as an example of sixteenth-century imperial narrative. Second, I examine three cases of marvelous beings –the Patagonian giants; the extraordinary *mamieco-diatta* birds; and the long-eared men of the island of Gilo– as examples of a rhetorical truth that served to amplify the universal dimension of Charles V's Hispanic empire.

Key words: Fernández de Oviedo – Pacific Ocean – myths – Hispanic Empire.

“Aquél fue el más luengo camino que hasta hoy se sabe que hombres mortales hayan fecho (...).”²

INTRODUCCIÓN

Los descubrimientos portugueses y españoles de los siglos XV y XVI son el germen del conocimiento geográfico empírico moderno, cuyo registro, orga-

¹ Para más información sobre los aspectos ficcionales en la obra de Fernández de Oviedo, véase Alexandre Coello, *Historia y ficción. La escritura de la Historia General y Natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557)* (Valencia, 2012). Asimismo agradezco los comentarios a los evaluadores de la revista.

² Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias* (en adelante, *Historia*), Vol. III, Madrid, 1959, Proemio al Libro XXXI, pp. 363.

nización y concentración fue indispensable para consolidar las prácticas de dominio y administración territorial de la llamada primera globalización.³ Los relatos de navegantes y viajeros sobre los confines de las *Terrae Incognitae* tuvieron una gran acogida entre la élite intelectual europea, cada vez más interesada en aquellas grandes epopeyas y textos de primera mano.

El primer cronista de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo (Madrid, 1478-Santo Domingo, 1557), no fue ajeno a esta fascinación por la novedad. Si en la primera parte de su *Historia General y Natural de las Indias* (1535) describió como testigo ocular (*autopsia*) las virtudes de una naturaleza virgen y opulenta, en la segunda y tercera parte expresó su profunda decepción por el comportamiento de sus compatriotas en Indias.⁴ Algunos autores, como Beatriz Pastor, destacaron un discurso narrativo desmitificador previo a la aparición de una conciencia crítica del proceso de conquista y colonización americanas.⁵

Frente al comportamiento destructivo de los “malos” españoles, Oviedo describió el comportamiento ideal del “buen” descubridor resumido en las cuatro secuencias narrativas del viaje (partida, travesía, encuentro y retorno)⁶ contenidas en el libro más extenso de toda la *Historia General y Natural de las Indias*: el libro XX. Oviedo lo escribió en 1546, y corresponde a las hazañas oceánicas que protagonizaron los españoles en el Mar del Sur.⁷ Se

³ A. Brendecke, *Imperio e información. Funciones del saber en el dominio colonial español*, Madrid, 2012.

⁴ La primera parte de la *Historia*, compuesta de veinte libros ilustrados (Libros I al XIX, el proemio y diez libros de un futuro Libro L), se publicó por primera vez el 30 de septiembre de 1535 (Sevilla: Juan Cromberger), y nuevamente el 2 de mayo de 1547 (Salamanca: Juan de Junta). La segunda y la tercera parte fueron publicadas conjuntamente por Amador de los Ríos en cuatro grandes volúmenes en Madrid entre 1851 y 1855. Los únicos fragmentos de las segundas y terceras partes publicados anteriormente se incluyeron en una versión del Libro XII de la tercera parte (Libro X del libro completo), que apareció al final de las ediciones de la primera parte de 1535 y 1547, y en el Libro I de la segunda parte sobre “nafragios” (Libro XX del libro completo), publicado de forma separada en 1557 (Valladolid: Francisco Fernández de Córdoba). Sacado de la edición existente en la Real Academia de la Historia (Madrid), el Libro XX sobre “nafragios” se incluyó en la *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional. Relaciones de Chile, sacadas de los antiguos cronistas de Indias y otros autores, publicadas por José Toribio Medina*, Santiago de Chile, 1901, Tomo XXVII, pp. 1-254. Para más información, véase J. M^a Carrillo, *Naturaleza e imperio. La representación del mundo natural en la Historia General y Natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, Madrid, 2004, pp. 107-41.

⁵ B. Pastor Bodmer, *The Armature of Conquest. Spanish Accounts of the Discovery of America, 1492-1589*, Stanford, 1992 (1983), pp. 101 y ss.

⁶ J. N. Rodríguez, *Conexiones Trasatlánticas: Viajes medievales y crónicas de la conquista de América*, México, 2010, p. 44.

⁷ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Vol. III, Cap. I, p. 221. El Libro XX fue el único publicado correspondiente a la Segunda Parte de la *Historia* ovetense: *Libro XX de la Segunda parte de la General Historia de las Indias*. Valladolid: Francisco Fernández de Córdoba, 1555 (reimpresión en 1557). Hay copias en el Archivo General de Indias de Sevilla (1), la Biblioteca Nacional (3) y

divide en cuatro secciones. La primera, que abarca los cuatro primeros capítulos (caps. 1-4), gira en torno a la expedición del marino portugués (1519-1522); la segunda (caps. 5-35) se centra en las malogradas expediciones de García Jofre de Loaysa (1525-1526) y Álvaro de Saavedra (1527-1528); la tercera ofrece una detallada descripción de las islas del sudeste asiático desde un punto de vista geográfico, político, etnográfico y comercial (caps. 34-35), y la cuarta y última sección constituye una coda final acerca de las islas de las almendras que, según Ricardo Padrón, representan un contrapunto maravilloso de una realidad indómita y aterradora que se resiste al dominio hispánico (cap. 36).⁸

En este ensayo me centraré en dos personajes descritos en los capítulos I al IV del Libro XX: el portugués Fernando de Magallanes (Oporto, c.1480-Mactán, 1521) y el guipuzcoano Juan Sebastián Del Cano (o Elcano)⁹ (Guetaria, 1474-Mar del Sur, 1526). Para Oviedo, lo esencial no era la incertidumbre del viaje hacia las islas del Maluco, sino analizar el ser humano abandonado a sus propias fuerzas y a la Divina Providencia. Numerosos episodios muestran la habilidad de dichos navegantes para soportar todo tipo de padecimientos –nafragios, soledad, hambre– y sobrellevarlos estoicamente. El sufrimiento se convierte así en el medio que permite el sometimiento de la distancia física a unos fines prácticos. El reconocimiento de una naturaleza mensurable normaliza el espacio físico por medio de la experiencia práctica que se tiene de él.¹⁰

Estos episodios revelan la intencionalidad del cronista de elaborar una historiografía humanista de claro signo erasmiano, preocupada sobre todo por la educación moral de la “República Cristiana”. Su elocuente exaltación de los ideales universalistas del imperio carolino le llevó a ensalzar el comportamiento de aquellos “argonautas” modernos, como Magallanes, cuyas acciones contrastaban con las de Juan de Cartagena y el resto de los sublevados en abril de 1520. Para ello utilizó un lenguaje figurativo o retórico, más propio de la literatura que de la historia, a través del cual construyó arquetipos heroicos caracterizados por la firmeza de corazón, determinación y lealtad al Rey.¹¹ El uso por antonomasia de los nombres de personajes mitológicos,

la Biblioteca de la Catedral de Santiago (1). Existe también una copia en la Library of Congress de Washington, la Huntington Library, la Newberry Library de Chicago (la famosa “Edward E. Ayer Copy”, Ms. /348) y la New York Public Library, Humanities, Rare Books (KB 1557) de EE.UU.

⁸ R. Padrón, “(Un)Inventing America: the transpacific Indies in Oviedo and Gomara”, *Colonial Latin American Review*, 25-1 (2016), pp. 25-26.

⁹ Hay cierta discusión sobre el apellido del personaje. En este trabajo opto por apellidarlos “Del Cano”.

¹⁰ J. M^a Carrillo, “La experiencia de lo natural en el Nuevo Mundo. Monstruos y prodigios en la Historia General y Natural de las Indias, de Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Demonio, religión y sociedad entre España y América*, Madrid, 2002, pp. 126-127.

¹¹ A. M. Salas, *Tres Cronistas de Indias*, México, 1986 (1959), pp. 160-161.

como Argos o Jasón, fue un recurso que narradores como Oviedo y Mártir de Anglería utilizaron para ejemplificar las cualidades esenciales de los héroes españoles del Nuevo Mundo.¹²

En primer lugar, analizo la construcción del héroe homérico como ejemplo de la narrativa cultural imperial del siglo XVI. La actitud del historiador hacia el pasado ya no era una simple imitación de los modelos antiguos, como Polibio, Salustio, Tácito o Tito Livio, sino una revisión de los clásicos para dar una mayor proyección internacional de la monarquía española.¹³ En segundo lugar, examino tres casos de seres maravillosos –los gigantes patagones; las aves extraordinarias *mamieco-diatta* (probablemente el ave del paraíso),¹⁴ y los hombres con orejas luengas de la isla de Gilón– como ejemplos del descentramiento del universo fantástico europeo hacia unas Indias progresivamente desplazadas hacia el este. Su inclusión en el Libro XX no contradecía el proyecto de escribir una “historia verdadera”,¹⁵ pero el conocimiento que Oviedo tenía de la historiografía castellana e italiana le permitió incorporar múltiples planos alegóricos e imaginativos pertenecientes a una formación textual literaria. Ello le proporcionó los recursos estéticos necesarios para moldear el material heterogéneo y desigual del Nuevo Mundo y uniformarlo estilísticamente. En otras palabras, aquellos seres prodigiosos que habitaban en los límites del mundo conocido justificaban una reacción proporcional de los españoles a su fuerza y desmesura.

La utilización de ciertos recursos de la prosa de ficción obliga a plantearse la relación que Oviedo estableció con una comunidad de lectores capaz de decodificar las representaciones cognitivas previamente por él codificadas a través de lo que Hayden White definió como un proceso de “entramamiento”.¹⁶ Otros autores, como Mendiola, sostienen que las crónicas no existen

¹² S. Cro, “Los cronistas primitivos de Indias y la cuestión de antiguos y modernos”, *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Berlín, 18-23 de agosto de 1986), 1989, Vol. 1, p. 419; S. Fabregat Barrios, “Presencia y función de los mitos clásicos en la Historia General y Natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés”, *Epos*, 19 (2003), p. 74.

¹³ M. Serna Arnaiz, *Crónicas de Indias. Antología*, Madrid, 2000, p. 60; A. Baraibar, “La naturaleza en el discurso indiano: la construcción de un espacio de experiencia americano”, *Tierras prometidas: De la colonia a la independencia*, Madrid, 2011, p. 11; R. L. Kagan, *Los cronistas y la Corona. La Política de la Historia en España en las Edades Media y Moderna*, Madrid, 2010, pp. 21-40.

¹⁴ L. Bénat-Tachot, “La construction de l’Asie magellanique: étude comparée des chroniques de Gonzalo Fernández de Oviedo et Francisco López de Gómara”, *e-Spania*, DOI: <https://doi.org/10.4000/e-spania.27328>

¹⁵ La mayoría de los conquistadores apelaban a su autoridad como testigos oculares. Véase R. Adorno, “The Discursive Encounter of Spain and America: The Authority of Eyewitness Testimony in the Writing of History”, *The William and Mary Quarterly*, 1992, pp. 210-228.

¹⁶ De acuerdo con Hayden White, “providing the “meaning” of a story by identifying the kind of history that has been told is called explanation by emplotment (...) Emplotment is the way by which a sequence of events fashioned into a story is gradually revealed to be a story of

independientemente de las operaciones comunicativas particulares –como la observación– que ayudan a construir una “realidad (histórica) para el lector”.¹⁷ Las constantes interpelaciones de Oviedo al lector son una estrategia narrativa que le permite, por un lado, destacar la novedad de lo que escribe, y por el otro, convencer a la audiencia del carácter fidedigno de su relato.¹⁸

El concepto de “realidad” –o de “verdad”– que existía en la sociedad retórica del siglo XVI era normativo. Es decir, sus expectativas no son cognitivas, sino morales y, por tanto, cristianas. En el Libro XX, Oviedo construye unos personajes que responden a una imagen arquetípica de la mentalidad cortesana y caballeresca del siglo XVI. En este sentido, la propuesta de White nos ayuda a pensar la escritura de la *Historia* en un doble sentido: como una construcción poética impuesta sobre una realidad histórica, y con un propósito didáctico-moralizador.¹⁹ La utilización de un lenguaje figurativo o retórico (e.g., la *narratio* épica) permite entender lo poético en la creatividad literaria de Oviedo (e.g., la utilización de imágenes, figuras o tropos, ya sean pictóricos o verbales, símbolos, metáforas, etc.).²⁰

Las referencias acerca de seres “monstruosos”, sorprendentes o maravillosos descritos en el Libro XX, reflejan una extraordinaria tensión entre el testimonio directo y la autoridad textual de los sabios de la antigüedad grecolatina. Dichas referencias no aparecen como errores de la naturaleza, sino como curiosidades de la “tropicalidad” americana que producen sorpresa y admiración en el lector por sus cualidades “novedosas”, “extremas” o “nunca vistas”.²¹ Su existencia dependía tanto del testimonio de “aquellos que estuvieron allí” como de la capacidad persuasiva del mismo Oviedo para representar la viveza e inmediatez de lo narrado. Como señala Mercedes Serna, la “verdad histórica” del Renacimiento se relacionaba con la capacidad de evocar una realidad espiritual oculta a los ojos de los hombres vulgares, pero accesible a los dotados de una visión poética.²² Recordando

a particular kind” (H. White, *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore and London, 1985 [1978], p. 7).

¹⁷ A. Mendiola, *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*, México, 2003.

¹⁸ A. Baraibar, “Las funciones del lector en la narrativa de Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Colonial Latin American Review*, 31-1 (2022), p. 68.

¹⁹ Á. F. Bolaños, “La crónica de Indias de Fernández de Oviedo: ¿Historia de lo general y natural, u obra didáctica?”, *Revista de Estudios Hispánicos*, 25 (1991), p. 22; A. F. Bolaños, *El líder ideal en el libro de caballerías y la crónica de Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, Tesis Doctoral, University of Kentucky, 1988, pp. 491-492.

²⁰ La “metahistoria” de Hayden White se preocupa más de cómo leemos la historiografía que de escribir una historia verdadera y cómo esta puede ser comprobada empíricamente (H. White, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, 1973).

²¹ Carrillo, “La experiencia de lo natural...”, pp. 133-138.

²² De acuerdo con Mercedes Serna, a lo largo del siglo XVI “la verdad histórica y la evocación poética se dan la mano” (M. Serna, “José de Acosta y las cosmografías fabulosas de la

a Jacques Le Goff, los conceptos de *mirabilia*, *magicus* e *miraculosos* no desaparecieron en las crónicas de Indias,²³ pues su existencia dependía tanto de la “realidad empírica” como de su ubicación en un imaginario colectivo todavía vigente en el Renacimiento.

EL HÉROE HOMÉRICO COMO PROYECTO MORAL

Del mar se dice que siempre devuelve a sus muertos. Y a menudo también a sus héroes.²⁴ Jasón y sus ilustres tripulantes superaron numerosas pruebas en lo que resultó ser la primera gran epopeya del mundo griego registrada por escrito.²⁵ Al igual que Jasón, Juan Sebastián Del Cano regresó a su patria como encarnación del tesalio, tras recorrer 14.000 leguas y padecer mil penalidades. De los 250 expedicionarios que embarcaron en 1519 en la bahía de Sanlúcar de Barrameda, solo regresaron 18 hombres enfermos; y de las cinco naves que zarparon solo una regresó, la nao *Victoria*, el 6 de septiembre de 1522, pero cargada de clavo y otras especias.²⁶ Una bonita alegoría del destino de una nación que, como la antigua Grecia, se pretendía universal, y cuyos vasallos eran equiparables, a juicio de Oviedo, a aquéllos míticos héroes. Esto los situaba en la historia providencial española²⁷ como héroes y visionarios de una nación cristiana en expansión.

Para Oviedo, la expedición de Magallanes-Del Cano fue uno de los “siete servicios” o hazañas cuyas historias ocuparon la mayor parte de su *Historia* y constituyen su esencia.²⁸ No sorprende, pues, que recordara al lector la importancia de aquella hazaña al inicio de la *Segunda Parte*: “yo creo que en tal mar (del Sur) otros cristianos nunca antes que éstos navegaron, e de otras naciones no se sabe ni se escribe que allí hayan andado sino los naturales de aquella misma costa”.²⁹ Se trata de un momento epifánico que inscribía una nueva página en la cronología de las singladuras legendarias de Ulises, Jasón o Hércules.

El retrato de Magallanes y Del Cano recuerda la organización y estructura del *exemplum*. Al igual que Colón, cuya gesta es causa primera de todas las demás, ambos prefiguran una visión de liderazgo que sobrepasa los límites

Antigüedad”, *Los límites del océano: estudios filológicos de crónica y épica en el nuevo mundo*, Bellaterra, 2009, pp. 261-262).

²³ J. Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, 1985.

²⁴ I. Soler, *Magallanes & Co.*, Barcelona, 2022, pp. 7-16.

²⁵ Píndaro, *Pythicas*, Oda IV; Apolonio de Rodas, *Argonáutica*; Hesíodo, *Teogonía*, 992; Gayo Valerio Flaco, *Argonáutica*.

²⁶ Soler, *Magallanes & Co.*, pp. 289-90; 445-46.

²⁷ Oviedo, Dedicatoria a la *Segunda Parte de la Historia*, Vol. II, 1959, p. 213.

²⁸ Bolaños, “La crónica de Indias...”, p. 20.

²⁹ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. I, p. 221.

del linaje. El extraordinario dominio de sí mismos y de los demás era propio de una casta especial de hombres elegidos por Dios, capaces de sacrificarlo todo al objetivo propuesto. Sus nombres están indefectiblemente ligados a la primera circunnavegación del mundo. Por ello Oviedo los describe como los héroes principales de una gesta excepcional. Ello se debe a dos factores. Uno: a que su principal fuente de información –además de las cartas del secretario Maximiliano Transilvano;³⁰ los marineros Ginés de Mafra,³¹ y Antonio Pigafetta,³² o la anti-narrativa de Francisco Albó³³– fue el propio Del Cano, “al cual yo hablé y comuniqué mucho en la corte (de Valladolid) de César, el año de mil e quinientos y veinte y cuatro”.³⁴ Y dos: a que el objetivo didáctico-moralizador de su discurso histórico necesitaba aparecer como el resultado del esfuerzo personal y exclusivo de aquellos grandes hombres a quienes pensaba glorificar.

Oviedo representa a Magallanes como un líder determinado por nacimiento, un luchador frío y disciplinado, pero justo y magnánimo, capaz de dominar el descontento e imponer su criterio a los demás. Aseguraba poder llegar a las islas de la Especiería (Molucas) por un eventual pasaje a través del Nuevo Mundo, cruzando al mar descubierta por Núñez de Balboa en 1513. La ruta Java-Timor-Banda-Maluco era estable para los portugueses desde 1515, pero desconocida para la mayoría de españoles.³⁵ El 22 de marzo de 1518, poco antes de casarse con la joven Beatriz, hija de otro disidente portugués, el influyente Diogo Barbosa, Magallanes firmó la capitulación por la que se le concedía la navegación al Oriente y la ocupación del archipiélago de las Molucas.³⁶ Un año más tarde, el 20 de septiembre de

³⁰ M. Transilvano, “Relación escrita por Maximiliano Transilvano de cómo y por quién y en qué tiempo fueron descubiertas halladas las islas Molucas.../ (1522)”, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv*, Madrid, 1946, Tomo IV.

³¹ G. de Mafra, *Libro que trata del descubrimiento del estrecho de Magallanes*, Madrid, 1920, pp. 183-212.

³² La primera edición de la *Relación* de Pigafetta se publicó en París en 1525 con el título *Le voyage et navigation, fait par les Espaignols es Isles de Mollucques, des isles quilz ont treuve audict voyage, des Roys dicelles, de leur gouvernement et manière de viivre, avec plusieurs autres choses*. Posteriormente Ramusio la publicó en Venecia (*Il viaggio*, 1536), precedida de una carta de Maximiliano Transilvano (C. Bernand, “La vuelta al mundo en mil setenta días, Magallanes, Pigafetta y Elcano, agentes de la primera globalización moderna”, *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización en el mundo ibérico, siglos xvi-xix*. Lima, 2005, p. 658).

³³ F. Albó, “Diario o derrotero del viaje de Magallanes desde el cabo de San Agustín, en el Brasil, hasta el regreso a España de la nao Victoria”, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv*, Madrid, 1946, Tomo IV.

³⁴ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. IV, p. 237. Recordemos que Oviedo no se limitó a los trabajos impresos sobre las Indias, sino que tuvo acceso a testimonios directos de todos aquellos que retornaban a España tras estar en el Nuevo Mundo.

³⁵ Soler, *Magallanes & Co.*, p. 279.

³⁶ R. Martínez Baracs, *Opúsculos, cartas y Memoriales*, Madrid, 1958, p. 62; Soler, *Magallanes & Co.*, p. 208.

1519, partió de Sanlúcar de Barrameda “con cinco naos muy bien armadas y proveídas, como convenía para tan arduo y largo camino”,³⁷ y doscientos treinta y siete hombres de diversa nacionalidad.³⁸

Si la partida supone la voluntad de llevar lo conocido a lo desconocido,³⁹ no es de extrañar que Magallanes ordenara que todos sus hombres se confesasen antes de zarpar, en un intento de invocar a Dios y hacerlo propicio.⁴⁰ Tras aprovisionarse en Tenerife, el 6 de octubre alcanzaron las islas Górgodas (Cabo Verde), donde Juan de Cartagena, veedor y capitán general de la nao *San Antonio*, dio muestras de insubordinación y fue arrestado.⁴¹ La cobardía, el temor o la insurrección son el reverso del comportamiento heroico. Pigafetta lo sabía, y por esa razón justifica la traición de Cartagena como consecuencia de su animosidad contra los numerosos portugueses que acompañaban a Magallanes.⁴² Como contraposición, Oviedo presenta los signos del comportamiento heroico en la figura del capitán lusitano: conocimiento de lo que se debe hacer para superar lo adverso, confianza en uno mismo y en la misión encomendada, y fe en Dios.

El 31 de marzo de 1520, seis meses después de haber partido de Sanlúcar de Barrameda, entraron en la bahía de San Julián (costa sur de la actual Argentina) para reparar las naves y pasar el invierno.⁴³ La moral de la heterogénea tripulación disminuía a causa de la drástica reducción de las raciones, el frío y las dudas lógicas ante lo desconocido. Aprovechando el descontento general y la animosidad entre castellanos y portugueses, el día 1 de abril, los capitanes Juan de Cartagena (quien además de capitán de la tercera nave, la *San Antonio*, ejercía como veedor general y tesorero), Luís de Mendoza, Antonio Coca y Gaspar de Quesada se conjuraron para asesinar al capitán general y apoderarse de las naves.⁴⁴ Pero Magallanes volvió a dominar la situación al actuar con una disciplina y generosidad que revelan, se-

³⁷ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. I, p. 218.

³⁸ Martín Fernández de Navarrete (“Viajes al Maluco. Primero el de Hernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano”, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv*, Madrid, 1946, Tomo IV, pp. 421-427) publicó la lista de los tripulantes.

³⁹ Rodríguez, *Conexiones transatlánticas...*, p. 44.

⁴⁰ Antonio Pigafetta, *Primer viaje alrededor del mundo*, Madrid, 2002 (1524), p. 51.

⁴¹ Juan de Cartagena era hijo natural del obispo de Burgos y presidente de la Junta (luego Consejo) de Indias, el zamorano Juan Rodríguez de Fonseca (Bernand, “La vuelta al Mundo...”, p. 657).

⁴² Pigafetta, *Primer viaje*, p. 48. Pietro Martire de Anghiera (o Pedro Mártir) reprodujo esta animosidad en *Décadas del Nuevo Mundo* (Buenos Aires, 1944 (1530), Déc. V, Lib. VII, Cap. I, pp. 425-442). Véase Soler, *Magallanes and Co.*, p. 272. Curiosamente, el hecho de que menos de dos tercios de la tripulación de Magallanes fueran españoles no mereció ningún comentario reprobatario por parte de Oviedo.

⁴³ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. I, pp. 218-219.

⁴⁴ Soler, *Magallanes and Co.*, p. 257.

gún F. Savater, la esencia del héroe.⁴⁵ El 2 de abril ordenó ejecutar y descuartizar a Luís de Mendoza, capitán de la nao *Victoria*, y a Gaspar de Quesada, criado del arzobispo de Sevilla y capitán de la nao *Concepción*, y dio “muerte civil” a Juan de Cartagena y a su confesor, fray Pedro Sánchez de la Reina, abandonándolos en las inhóspitas tierras patagónicas.

Ni que decir tiene que todos estos detalles escabrosos apenas tienen eco en la historia ovetense.⁴⁶ Explicar las constantes insubordinaciones ocurridas durante la travesía —en especial la del maestre de la nao *Concepción*, Juan Sebastián del Cano, quien se puso de parte de los sublevados, aunque luego obtuvo el perdón de Magallanes junto con otros cuarenta conjurados— hubiera enturbiado el carácter providencial y mesiánico del relato. Lo que realmente preocupaba a Oviedo era describir las cualidades excepcionales del carismático Magallanes, “valeroso y determinado capitán”, cuyo heroísmo dependía del “valor de sus hallazgos y del esfuerzo realizado”.⁴⁷ Un “héroe” cuya integridad moral le impedía doblegarse ante las dificultades del viaje, mostrándose dispuesto a “morir o acabar lo comenzado”.⁴⁸

Una de esas cualidades era, sin duda, ser fiel a su destino y a Carlos V, su patrocinador. Con gran determinación y coraje, un Magallanes-orador reclama para sí la única palabra que lo eleva por encima de sus hombres y los anima a continuar “antes que con vergüenza volver en España”.⁴⁹ Estas arengas o discursos imaginarios puestos en boca de personajes históricos fue un recurso retórico, el *exemplum*, que popularizó Tito Livio en su *Ab urbe condita*, conocida también como *Décadas*. Al prescindir del sujeto narrativo, Oviedo otorga al protagonista del relato un mayor dramatismo y verosimilitud, al tiempo que se subordina el relato a la rectitud moral. Solamente en el sacrificio y el dolor, dice Magallanes, podrán hallar un mundo rico en oro, especias y otros muchos provechos. Su decisión de continuar “con las tres naves, por aquel estrecho” muestra una de las virtudes del héroe prototípico con una clara conciencia de su dignidad y superioridad personal.⁵⁰

Oviedo registró otras expediciones, las de García Jofre de Loaysa y de Álvaro de Saavedra, que tuvieron menos suerte. Desde 1521, las Molucas, y en particular las islas de Ternate y Tidore, se convirtieron en escenario de innumerables conflictos entre castellanos y portugueses.⁵¹ A pesar de ello, la ima-

⁴⁵ F. Savater, “El héroe como proyecto moral”, *Revista de Occidente*, 46 (1985), pp. 59-74.

⁴⁶ No así en la de Pedro Mártir, cuya animosidad contra Magallanes y los portugueses era manifiesta. Por ello escribe que “aquí el portugués (Magallanes) se ensañó con cierto varón llamado Juan Cartagena, familiar del obispo de Burgos, que con real nombramiento había sido señalado por colega de Magallanes y segundo jefe de la Armada” (*Décadas*, Déc. V, Lib. VII, Cap. I, p. 428).

⁴⁷ Rodríguez, *Conexiones transatlánticas...*, p. 49.

⁴⁸ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. I, p. 220.

⁴⁹ *Ibidem*, Lib. XX, Cap. I, p. 220.

⁵⁰ *Ibidem*, Lib. XX, Cap. I, p. 221.

⁵¹ Padrón, “(Un)Inventing America...”, pp. 20-21.

gen que Oviedo proporciona de Magallanes no es la de un “marino portugués”, sino la de un siervo fiel a la Corona española. Su función no era otra que convertirse en el hilo conductor de la gloriosa empresa que el piloto de Getaria completaría el 6 de septiembre de 1522.⁵² No en vano, la nao *Victoria* constituía, según Oviedo, la quinta nao más señalada del mundo, después de “la primera y principal... aquella arca de Noé”, seguida de “aquella de Jasón, llamada Argos”, así como “la que hizo Sosi, rey de Egipto” y la famosa *Santa María*, más conocida como la “Gallega”, comandada por Cristóbal Colón, el primero en descubrir “estas partes e islas e la Tierra Firme”.⁵³ La Providencia aparecía así como un punto de encuentro entre dos héroes, Magallanes y Del Cano, que compartían en la *Historia* de Oviedo un único destino.

MARAVILLAS ORIENTALES COMO RELATOS ÉPICOS RETÓRICOS

Animales y seres fantásticos alimentaron la mitología grecolatina mucho antes que los europeos se personaran en los “confines del mundo”. Las exploraciones de los siglos xv y xvi permitieron pasar de una percepción mítica y simbólica de los confines remotos y de sus habitantes a un conocimiento más empírico y objetivado, basado en datos acumulados, organizados y contrastados. La Corona castellana proporcionó un marco institucional para la sistematización del saber a través de los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla (1503), cuyas variadas funciones incluían la formación de Pilotos Mayores (1504), la elaboración de mapas, planos y cartas de marear y la recogida de información de las nuevas tierras descubiertas.⁵⁴

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos por fijar los límites del vago y disperso mundo, la pervivencia activa de un imaginario de raíz antigua y concreción medieval, especialmente en lo que se refiere a la reproducción de tópicos y mitos paradisíacos, se mantuvo amalgamado en las sociedades cristianas del siglo xvi como parte de lo cotidiano. Tras la publicación de las primeras colecciones de viajes y descubrimientos, realidad y fantasía se fundieron, cautivando la imaginación de los lectores y oyentes por su apariencia de verosimilitud.

⁵² Para Pedro Mártir de Anglería, obviamente, este honor debía corresponder únicamente a Del Cano y a los marineros que iban en la nao *Victoria*, “reina de la argonáutica”, y no en los portugueses (*Décadas*, Déc. V, Lib. VII, Caps. VII-VIII, pp. 438-442).

⁵³ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. V, p. 240.

⁵⁴ L. Bénat-Tachot, “Alonso de Santa Cruz, Un Expert Au Service de l’Empire?”, *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización en el mundo ibérico, siglos XVI-XIX*, Lima, 2005, pp. 681-695; A. Hernández Ruigómez, “La formación de pilotos de la Casa de Contratación: Del Piloto Mayor a la cátedra de cosmografía”, *Cuaderno Monográfico del Departamento de Estudios e Investigación* n° 82 (2020), pp. 9-29.

Historiadores y críticos literarios han llamado la atención sobre la existencia de un “discurso caballeresco y cristiano” y su influencia en los ideales de conducta de la sociedad española del siglo XVI.⁵⁵ Tras la conquista del Nuevo Mundo, aquellos valores se trasladaron a los nuevos espacios geográficos, y allí los viejos lenguajes militaristas se impusieron en un nuevo escenario con nuevos protagonistas. En este contexto, los cronistas utilizaron estereotipos conocidos desde la antigüedad para destacar la inferioridad de los habitantes de aquellas tierras exóticas y “paradisíacas” y justificar así su conquista y explotación.

1. Los hombres de orejas luengas

Ocho meses después de la muerte de Magallanes, los expedicionarios llegaron a la isla de Gilón, donde oyeron de la existencia de unos hombres con largas orejas que les llegaban a las espaldas. Poco después, “supieron por relación de indios, que no muy lejos de allí había otra isla donde no solamente tenían grandes orejas, pero tan excesivas, que cuando les era necesario, con una sola oreja se cobrían todo el cuerpo”.⁵⁶ Su presencia en el imaginario europeo no era nueva. Según los clásicos grecorromanos, su tradición se remonta a Escílax de Carianda, que mencionaba a los *Otoliknoi* u orejones de la India, y los *Enotokoitai*, que podían dormir envueltos en sus orejas.⁵⁷ Cayo Plinio Segundo, más conocido como Plinio el Viejo, situaba a estos seres fantásticos en las islas Oonas en el Helesponto. Así, aseguraba que allí “se sustentan los naturales y forasteros de huevos de aves, otras en que nacen los hombres con pies de caballos y se llaman Hipodes, otras de los Fanesios, en las cuales andan los hombres desnudos y tienen tan grandes orejas que cubren con ellas todo el cuerpo”.⁵⁸

A mediados del siglo XVI, la autoridad del historiador romano era enorme. Fue el escritor más antiguo en dar una descripción sistemática de aquella antropología mítica que vivía en los confines del mundo conocido. Contaba Plinio que en la región de Calinge, que formaba parte de la India, también se

⁵⁵ R. Adorno, “Literary Production and Supression: Reading and Writing about the Amerindians in Colonial Spanish America”, *Dispositio. Revista Hispánica de Semiótica Literaria*, XI-28/29 (1986), pp. 15-19; R. Adorno, “La construcción cultural de la alteridad: el sujeto colonial y el discurso caballeresco”, *I Simposio de Filología Iberoamericana* (Sevilla, 1990), Zaragoza, 1990, pp. 153-170; A. F. Bolaños, “Caballero cristiano y bárbaros paganos en la historia de la conquista española de América”, *Romance Quarterly*, 40-2 (1993), pp. 78-88.

⁵⁶ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. I, p. 226.

⁵⁷ J. Paniagua Pérez, “Animales y mitos clásicos de Indias”, *V Congreso Internacional de humanismo y pervivencia del Mundo Clásico: Homenaje al profesor Juan Gil*, Alcañiz, 2015, Vol. 2, p. 767.

⁵⁸ Cayo Plinio, *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo, traducida por el licenciado Jerónimo de Huerta, médico y familiar del Santo Oficio de la Inquisición*, Madrid, 1624 (Lib. IV, cap. XXIV), pp. 158-159.



Figura 1. Hombre de orejas luengas. Cayo Plinio Segundo, *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo*. Traducida por el licenciado Gerónimo de Huerta; médico y familiar del Santo Oficio de la Inquisición. Madrid: Luis Sánchez impresor del Rey N. S., 1624, s/p.

podían encontrar aquellos seres híbridos, mezclados con fieras, algunos “con una cola de pelo, y son ligerísimos; otros con grandes orejas, que los cubre todo el cuerpo”.⁵⁹ Pero a diferencia del modelo teratológico pliniano, la *Historia* de Oviedo se presentaba como una crónica basada en la calidad de sus fuentes.⁶⁰ Por ello remarca que a pesar de las noticias de aquellas criatu-

⁵⁹ Plinio, *Historia Natural*, Lib. VII, cap. II, p. 255.

⁶⁰ Sobre la relación entre Plinio y Oviedo, véase el trabajo de E. Álvarez López, “Plinio y Fernández de Oviedo”, *Anales de Ciencias Naturales del Instituto José de Acosta*, Madrid, 1940, Tomo I, pp. 40-61; 1941, Tomo II, pp. 13-35; S. Merrim, “The Apprehension of the New in Nature and Culture”, *1492-1992: Re/Discovering Colonial Writing*, Hispanic Issues, 1989, Tomo 4, pp. 174-175.

ras fantásticas de la isla de Gilón, los navegantes españoles no les dieron crédito, pues “como nuestros españoles buscaban la especiería y no estas fábulas, siguieron su camino derecho a los Malucos”.⁶¹

Siguiendo aquella máxima ciceroniana “*lux veritatis, testis temporis, magistra vitae*”, Oviedo identificó el concepto de verdad histórica con la experiencia ocular. Efectivamente, como ya se ha señalado, su *Historia* refleja la tensión entre la tradición clásica y la experiencia vivencial. Sin embargo, aunque se reconocía deudor de Plinio, no reconocía la existencia de aquellos seres característicos de la antigüedad y la imaginería medieval, ni establecía afinidades entre ellos.⁶² Como Oviedo, Pigafetta también hizo referencia a unos enanos de grandes orejas, pero como no pudo verlos decidió no darles mucho crédito.⁶³ Sin embargo, aquellos seres monstruosos, mitad humanos y mitad animales, formaban parte de la mentalidad de los conquistadores y navegantes del siglo XVI, cuyas experiencias partían de una percepción heredada, esto es, de un contexto de saber a través del cual ciertos postulados eran compartidos. No debería sorprendernos que, con el tiempo, se produjera un desplazamiento de lo fantástico medieval hacia un Oriente transmutado en un *locus* de la monstruosidad, en donde aquellas “fábulas” cobraron nueva vida a partir de las historias de aquellos cronistas obsesionados por describir lo “extraño” o “desconocido” como algo monstruoso o anómalo.⁶⁴

2. *El ave del paraíso, o mamiéco-diatta*

El Libro XX de Oviedo contiene algunos ejemplos de “lo maravilloso” existentes en la llamada “Zona Tórrida”, la comprendida entre los Trópicos de Cáncer y Capricornio. Uno de ellos era un hermoso pájaro denominado *mamiéco-diatta*, que “nunca se sentaba en tierra ni sobre cosa alguna que fuese de tierra, más cuando le vían venir del cielo, era cuando muerto en tierra”.⁶⁵ En 1522, Del Cano trajo consigo, además de las codiciadas especias, cinco o seis de aquellas hermosas aves de ricos y exóticos plumajes que el sultán de Bachian le había regalado, procedentes de la isla de Nueva Guinea y de los entonces ignotos archipiélagos de la *Terra australis incognita*.⁶⁶ Aquellos “pájaros de Dios”, que según los musulmanes provenían del mismísimo Paraíso,

⁶¹ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. I, p. 226.

⁶² M^a A. Flores de la Flor, “Los monstruos en el Nuevo Mundo”, *Ubi sunt? Revista de Historia*, 26 (2011), pp. 40-48.

⁶³ Paniagua, “Animales y mitos...”, p. 767.

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. I, p. 226; Véase también Oviedo, *Historia*, Lib. VI, Cap. XV, p. 175.

⁶⁶ *Ibidem*, Lib. XX, Cap. I, p. 227.

eran un símbolo de estatus y poder en las islas Molucas. Oviedo, citando a Transilvano y a Urdaneta, aseguraba que los reyes locales lucían estas aves en la primera línea de sus ejércitos para protegerse de sus enemigos.⁶⁷

Estudiosos del naturalismo exótico del Barroco, como José Luis García Sanz y José Ramón Marcaida López, señalan que los ejemplares que trajeron Del Cano y Urdaneta habían sido disecados, lo que implicaba cortarles las patas para preservar su precioso plumaje.⁶⁸ Aunque algunos cronistas italianos, como Niccolò de' Conti (Milan, 1492) y Antonio Pigafetta (Paris, 1523) aseguraban que aquel vistoso pájaro tenía patas ("*em pedibus*"),⁶⁹ no debería sorprender que a partir de la llegada de los primeros ejemplares se identificara al *mamiéco-diatta* con aquella *paradisea avis*, la que nunca se posaba en tierra y pasaba la vida volando, lo que indudablemente reforzaba la existencia de un mundo edénico que nadie había sido capaz de profanar.

Como señala Baraibar, Oviedo es plenamente consciente de la importancia de sazonar la *Historia* con elementos de fantasía para alimentar la curiosidad del lector.⁷⁰ La realidad americana causaba admiración por la novedad y "lo maravilloso" (*mirabilis* o *mirabilia*, en plural). En su Libro VI, también conocido como de los depósitos o misceláneas, Oviedo describe profusamente las características de esta ave que parecía provenir de la edad de oro, de la cual "yo hablé en la primera parte destas historias (...), más largo porque tuve uno de ellos".⁷¹ Para comprobar la veracidad de aquellas "cosas nuevas" había que priorizar el testimonio de "los primeros que estuvieron allí", como Del Cano y Pigafetta, pero también de navegantes como Andrés de Urdaneta y Martín de Islares, integrantes de la expedición de Loaysa, a quienes conoció y entrevistó en Santo Domingo. En palabras de Oviedo, "yo holgué mucho del conocimiento de tales personas; porque este capitán (Urdaneta), demás de entender muy bien el arte de la mar e las alturas, hablaba bien; y como sabio, daba a entender qué cosas son aquellas tierras e islas e Especiería, e lo que vido en aquellos años o tiempo que por allá anduvo".⁷²

Como es sabido, Oviedo escribió el Libro XX a partir de textos de otros cronistas o historiadores,⁷³ y la autoridad del informante, es decir, su posición al servicio del emperador Carlos V, determinaba su credibilidad.⁷⁴ Sin em-

⁶⁷ *Ibidem*, Lib. XX, Cap. I, pp. 226-227.

⁶⁸ J. L. García Arranz, "La imagen de la naturaleza exótica al servicio de la enseñanza diáctico-religiosa en la edad moderna", *Norba-Arte*, 16 (1996), pp. 131-132; J. R. Marcaida López, "El ave del Paraíso: historial natural y alegoría", *Alegorías. Imagen y discurso en la España Moderna*, Madrid, 2014, pp. 93-108; J. R. Marcaida López, *Arte y ciencia en el Barroco español. Historia natural, coleccionismo y cultura visual*, Madrid, 2014, pp. 239-246.

⁶⁹ Marcaida, "El ave del Paraíso...", p. 94.

⁷⁰ Baraibar, "Las funciones del lector...", p. 64.

⁷¹ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. I, p. 226.

⁷² *Ibidem*, Lib. VI, Cap. XV, p. 175.

⁷³ Salas, *Tres Cronistas*, p. 84.

⁷⁴ Baraibar, "Las funciones del lector...", p. 66.

bargo, la imposibilidad de verificar todos los datos le convirtió en editor de los textos o relaciones de aquellos que registraron una realidad situada muy lejos del epicentro de la conquista americana, aunque siempre con el mismo objetivo: producir la historia más verídica posible.⁷⁵ El sujeto narrativo desaparece, y en su lugar utiliza la tercera persona del singular (“Dice más el Pigafetta”, “Dice este auctor”, “Dice este caballero”, “Dice más”, “Y dice más este padre (Aréizaga) o el sujeto colectivo “españoles”, la “gente española”) para distanciarse de las acciones de las que no fue testigo ocular. Aunque confiaba en aquellas fuentes, más autorizadas y, por tanto, menos conjeturales, Oviedo era plenamente consciente de su carácter contradictorio y de la inconsistencia de muchos de los episodios que relataban o que no mencionaban. Por ello, a menudo intervenía matizando o completando la opinión de tal o cual cronista, dejando constancia de la calidad de la información.⁷⁶ Así, cuando explica que tras la muerte de Magallanes los españoles llegaron al Maluco y supieron “que el rey de Bruney tenía en su corona dos perlas tan grandes como huevos de ánsar”, de inmediato añade que “es falso, y yo quise con diligencia informarme desto, y lo pregunté a Joan Sebastián del Cano e a Fernando de Bustamante; e me dijeron que era burla y que nunca tal corona ni perlas vieron”.⁷⁷

Aunque su intención era guiar al lector y presentar la coherencia interna del texto, no menos importante era reivindicar su propia indispensabilidad, no solo como servidor del Emperador, sino como actor y testigo en la construcción de una historia fidedigna.⁷⁸ A pesar de no haber estado en la Especiería, Oviedo se consideraba más que autorizado para determinar la calidad de la información. Algunos testimonios eran meras ficciones, marcados por elisiones, omisiones, simples invenciones y un claro deseo de impresionar al Emperador. Por este motivo, el cronista interpela, matiza, añade o discute para confirmar o rebatir a aquellos “testigos de vista”.

Un ejemplo de ello es que Oviedo dio mayor credibilidad a la experiencia de los navegantes, como Urdaneta o Vespucci, que a la de aquellos cosmógrafos, como Alonso de Chaves, cuya autoridad no se basaba en su experiencia directa, sino en lo que otros le habían relatado. Oviedo justificaba sus discrepancias señalando que “lo que aquí escribo es lo cierto y lo que han ha-

⁷⁵ D. Turner, “The Aborted First Printing of the Second Part of Oviedo’s General and Natural History of the Indies”, *Huntington Library Quarterly*, 46 (1983), p. 119; K. A. Myers, “History, Truth and Dialogue: Fernández de Oviedo’s Historia general y natural de las Indias (Bk XXXIII, Ch LIV)”, *Hispania*, 73 (1990), p. 616. Para un interesante análisis de cómo Oviedo fue más allá de un único modelo de imitación, véase K. A. Myers, “Imitation, Authority, and Revision in Fernández de Oviedo’s *Historia General y Natural de las Indias*”, *Romance Languages Annual*, 3 (1991), pp. 523-524.

⁷⁶ Baraibar, “Las funciones del lector...”, p. 65.

⁷⁷ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. I, p. 225.

⁷⁸ Baraibar, “Las funciones del lector...”, p. 67.

llado los que en nuestro tiempo lo han visto y navegado y medido en tierra muchas veces con el astrolabio en la mano”.⁷⁹ Por tanto, no actuaba solo como un notario, como señala Baraibar, sino como un editor de aquellas opiniones que no siempre eran coincidentes con las suyas.⁸⁰

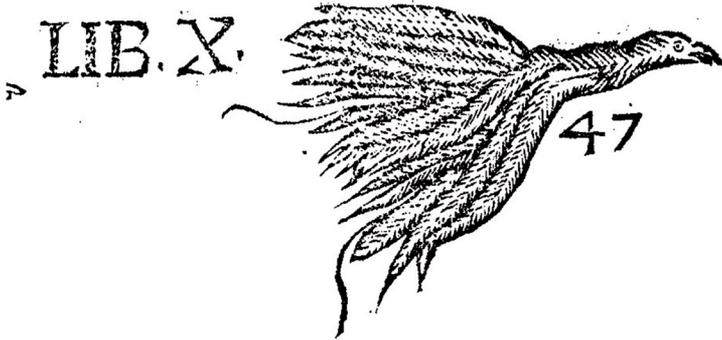


Figura 2. Ave del paraíso. Cayo Plinio Segundo, *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo*. Traducida por el licenciado Gerónimo de Huerta; médico y familiar del Santo Oficio de la Inquisición. Madrid: Luis Sánchez impresor del Rey N. S., 1624, s/p.

3. Los gigantes patagones

La existencia de seres de talla monstruosa, fuerza descomunal y apariencia horrible, como los cíclopes, escitas, hecantoquiros (Coto, Briareo y Giges) o los lestrigones descritos por Plinio,⁸¹ que hacían sacrificios humanos y se alimentaban de carne humana, adquirió carácter de mito y fábula en las enciclopedias, cosmografías e historias naturales de finales del medioevo. Algunos críticos, como I. A. Leonard (1933) y M. R. Lida de Malkiel (1952), destacan el origen etimológico de los “patagones” en los mitos de la literatura caballeresca, como el *Primal León de Grecia o Segundo Libro de Palmerín de Olivia* (Salamanca, 1511-1512), en el cual Primal León se enfrentó al famoso gigante Patagón y lo venció.⁸² Todos estos modelos y antecedentes narrativos se actualizaron retóricamente en el Renacimiento (*inventio*), favoreciendo la proyección de otros seres y bes-

⁷⁹ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. XX, p. 269.

⁸⁰ Según Baraibar, el cronista madrileño, en su papel de notario, “dejaba al lector el desempeño del papel de juez a la hora de decidir a quién concedía su crédito” (Baraibar, “Las funciones del lector...”, p. 66).

⁸¹ Plinio el Viejo, *Historia Natural*, Madrid, 2003, Libro VII, p. 11. Sobre los escitas antropófagos, véase el Libro VII, pp. 11-12; Libro VIII, p. 171; 189.

⁸² I. A. Leonard, *Romances of Chivalry in the Spanish Indies*, Berkeley, 1933; M^a R. Lida de Malkiel, “Para la toponimia argentina: Patagonia”, *Hispanic Review*, 20-4 (1952), pp. 321-323.

tias fabulosas que la creencia popular medieval situaba en los confines remotos del Nuevo Mundo.⁸³

La primera referencia en las crónicas de Indias a indios gigantes en la parte meridional del Nuevo Mundo se halla en la epístola que Amerigo Vespucci escribió en 1500 a Lorenzo di Pierfrancesco de Medici. El cosmógrafo italiano le cuenta que los halló en su segundo viaje, en una isla que Alonso de Ojeda descubrió en 1499 y bautizó como Isla de los Gigantes (actual Curacao).⁸⁴ En otra carta, enviada en 1504 a Piero di Tommaso Soderini, Magistrado Supremo de la República florentina, Vespucci comenta haber visto unas huellas descomunales en la arena de una isla que correspondían a gigantes desnudos y bien proporcionados, armados con enormes arcos y flechas, lo que les infundió profundo temor.⁸⁵ Oviedo, sin embargo, no les otorgó ninguna credibilidad. En el *Sumario* (Sevilla, 1526) decía que a pesar de su elevada estatura y de otros atributos superlativos, “no son gigantes”.⁸⁶

Oviedo había denostado públicamente los libros de caballerías en su *Respuesta a la epístola moral* de 1524, considerándolos perniciosos y de lectura poco recomendable. Paradójicamente, incluyó aquellos gigantes que habitaban una naturaleza hostil, baldía y muy poco edénica en el Libro XX de su *Historia*. Pero lo hizo a partir del recurso elocutivo de la *amplificatio* –propio de la retórica española del siglo XVI– con el fin de reforzar las virtudes de aquellos líderes ideales, como la valentía y el coraje en la consecución de sus objetivos. De este modo, explica el encuentro con unos indios gigantes de “doce o trece palmos de alto” que habitaban la bahía de San Julián.⁸⁷ Apelando a su “yo” testimonial, Pigafetta explica que “Un día, de pronto, descubrimos a un hombre de gigantesca estatura, el cual, desnudo sobre la ribera del puerto, bailaba, cantaba y vertía polvo sobre su cabeza. (...) Era tan alto él, que no le pasábamos de la cintura”.⁸⁸ Situado en el centro geográfico y cronológico de los acontecimientos, Pigafetta utilizó, al igual que Oviedo, el recurso de la *amplificatio*. Si aquellos indios tehuelches, designados por Magallanes con el nombre de “patagones”, eran descritos

⁸³ Bolaños, “Caballero cristiano...”, p. 79; R. Bartra, *El salvaje en el espejo*, Barcelona, 1996, pp. 253-299.

⁸⁴ A. Vespucci, “Carta del 18 de julio de 1500”, *Cartas de Viajes*, Madrid, 1986, pp. 60-61. Esta isla fue recogida en el primer mapamundi de América, elaborado por Juan de la Cosa (1500), y en los mapas de King Hamy (1502) y Cantino (1502) (M. Rojas Mix, “Los monstruos: ¿mitos de legitimación de la conquista?”, *América Latina: palabra, literatura e cultura*, Sao Paulo, 1993, vol. I, pp. 138-139).

⁸⁵ Amerigo Vespucci, “Carta de Amerigo Vespucci sobre las islas recién halladas en cuatro viajes suyos”, *Cartas de Viajes*, p. 125. La correspondencia de Vespucci fue publicada entre 1508 y 1512.

⁸⁶ Oviedo, *Sumario de la natural historia de las Indias*, Madrid, 2010 (1526), Cap. X, “De los indios de Tierra Firme y de sus costumbres y ritos y cirimonias”, p. 117.

⁸⁷ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. I, p. 219.

⁸⁸ Pigafetta, *Primer viaje*, pp. 59-60.



Figura 3. Theodor de Bry, *América (1590-1634)*. Lámina VI (Libro X, Parte 1ª, 1618: “De cómo son recibidos Amerigo Vespucci en una ínsula habitada por gigantes”. Madrid: Editorial Siruela.

como gigantes de fuerza descomunal, los españoles tenían que ser vistos como seres superiores a esa fuerza. En este sentido, queda claro que la incorporación del mito de los gigantes a la *Historia* buscaba acreditar el valor de la empresa.⁸⁹

A lo largo del Libro XX pueden examinarse algunos casos concretos de intertextualidad manifiesta, como el episodio que narran Pigafetta y Transilvano sobre la ingestión que uno de aquellos indios hizo de una flecha de medio codo por la boca hasta el estómago, sacándola sin ningún daño. En su *Alegoría de Magallanes* (1580 o 1589), Johannes Stradanus así los representa. A juicio de Pigafetta, tal comportamiento era una terapia contra el dolor de estómago, y que en lugar de purgarse tomaban una especie de cardos y

⁸⁹ Mendiola, *Retórica...*, p. 317-337; Rojas Mix, “Los monstruos...”, p. 146.

vomitaban “una masa verde mezclada con sangre”.⁹⁰ Oviedo introduce aquí una interpolación anecdótica que se ajusta a esta mistificación de la realidad americana: siendo mayores que los hombres ordinarios, también tenían que realizar acciones superlativas. Ante la ausencia de unas coordenadas referenciales previas donde encuadrar los informes etnográficos recogidos, Oviedo selecciona y estiliza su relato, proporcionando una imagen de la alteridad patagónica consistente en resaltar su ferocidad,⁹¹ voracidad,⁹² belicosidad,⁹³ y capacidad atlética: “aunque los indios iban a paso tendido, no podían los nuestros, a todo correr, tenerse con ellos”.⁹⁴

De Moluccis Insulis (Colonia, 1523) de Maximiliano Transilvano, secretario de Carlos V, es una de las fuentes que utilizó Oviedo para describir las características físicas y costumbres de los patagones. Basada en relatos de los supervivientes de la nao *Victoria*, en ella se describe la voracidad y salvajismo de los patagones que habitaban aquella “*regio gigantum*” a través de su vestimenta (“andaban vestidos de pellejos de animalias fieras”) y el gusto por la carne cruda (“mataron luego para comer un animal, que era como un pequeño asnillo [guanaco] que allí consigo tenían, y lo pusieron a asar, y estando medio crudo lo apartaron del fuego y lo sacaron y lo dieron y pusieron delante de los nuestros para que comiesen”).⁹⁵

En otra de las fuentes ovetenses, la *Navegación de la armada del comendador Loaysa* (1526), del clérigo guipuzcoano Juan de Aréizaga,⁹⁶ reprodujo los prejuicios, esquemas y valores cristianos: “(aquellos salvajes) no saben qué cosa es moneda”;⁹⁷ “Son tan salvajes, que piensan que todo es común, y que los cristianos no se enojan de lo que les hurtan”.⁹⁸ Atrás quedaba aquella visión dorada-edénica de la humanidad que parecía mostrarse en su infinita variedad, como una fuente inagotable de colores, magnitudes y fron-

⁹⁰ Pigafetta, *Primer viaje*, p. 63; Transilvano, “Relación...”, p. 563. Francisco López de Gómara (*Historia General de las Indias y vida de Hernán Cortés*, Caracas, 1979 (1569), p. 138) utilizó el mismo episodio para amplificar la ferocidad patagónica. A su juicio, “metíanse y sacábanse por el garguero una flecha para espantar los extranjeros, a los que mostraban, aunque dicen algunos que lo usan para vomitar estando hartos, y cuando han menester las manos o los pies”.

⁹¹ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. I, p. 219.

⁹² *Ibidem*, Lib. XX, Cap. VII, pp. 245, 247.

⁹³ *Ibidem*, Lib. XX, Cap. VII, p. 246.

⁹⁴ Véase los testimonios de Albó (“Diario...”, p. 536) y Pigafetta (*Primer viaje*, p. 62).

⁹⁵ Transilvano, “Relación...”, p. 565. Otros diplomáticos e intelectuales, como Gaspar Contarini, hicieron igualmente referencia a la existencia de los patagones, “hombres fieros y bastante más grandes que nosotros, por lo que han contado los de la nave *Victoria*” (G. Contarini, *Relación de su estancia en España* [1526]. *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo xx*, Salamanca, 1999, p. 73).

⁹⁶ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. I, p. 219; *Relación que dio Juan de Aréizaga (...) de la navegación que hizo el comendador Loaysa*, AGI, Patronato, 37, R. 19.

⁹⁷ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. VII, p. 246.

⁹⁸ *Ibidem*, Lib. XX, Cap. VIII, p. 248.

dosidad sin igual. La identificación de lo desconocido con “lo maravilloso” respondía al amplio bagaje imaginario del Medioevo que aquellos navegantes aportaban al viaje. Se ve y se describe, básicamente, lo que se espera encontrar. Así, los gigantes de aquellas tierras eran bárbaros cubiertos con pieles y de tan poco entendimiento como los indios antillanos; además, comían carne cruda y estaban dotados de una fuerza descomunal.⁹⁹

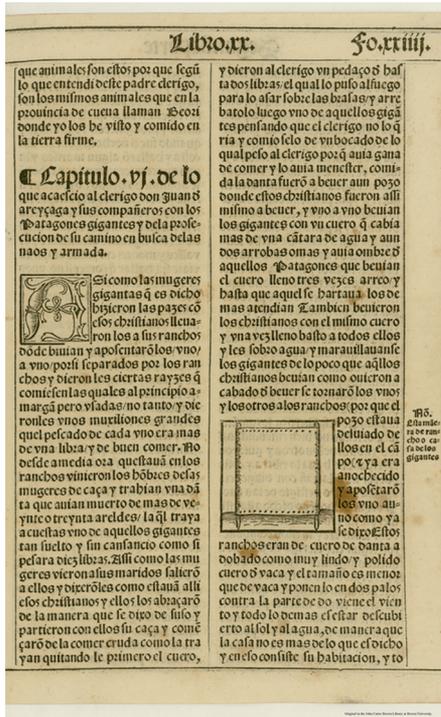


Figura 4. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Libro XX de la Segunda Parte de la General Historia de las Indias*, Cap. VI. “Rancho o casa de los gigantes”, Valladolid, 1557, folio 24. John Carter Brown Library (EE.UU).

Sus descripciones de muchos de los elementos de la realidad patagónica contradecían el propósito de veracidad y objetividad declarado por el cronista al principio de su *Historia*. Oviedo rechazó las antiguas teorías que señalaban las antípodas o los trópicos como zonas inhabitables alejadas de la ecúmene conocida.¹⁰⁰ Pero en el Libro XX no pudo prescindir completamente del pensamiento y mitos de los antiguos, como por ejemplo de su tan admirado

⁹⁹ *Ibidem*, Lib. XX, Cap. VII, p. 247.

¹⁰⁰ Carrillo, “La experiencia de lo natural...”, pp. 122-123.

Plinio. Sin ir más lejos, en el capítulo XIV, la historicidad del texto ovetense recurre a las autoridades clásicas para corroborar la existencia de gigantes, cuya estatura era superior a la de los patagones. Así, dice que

porque no se piense que estos hombres son los de la mayor estatura que en el mundo se sabe, ocurrid, lector, a Plinio; y deciros ha, alegando a Onesícrito, que donde el sol de la India no hace sombra, que son los hombres tan altos como cinco codos y dos palmos, y que viven ciento y treinta años, y que no envejecen; pero que mueren, en aquel tiempo, casi como si fuesen de media edad. Dice más Plinio en su *Historia Natural*: que una gente de los etíopes pastores, la cual se llama *siborta*, a par del río Astrago, vuelta a Septentrión, crece más que ocho codos. Así que, éstos son mayores hombres que los del estrecho de Magallanes; y cuanto a la velocidad, el mismo autor escribe que Crate Pargameno refiere que, sobre la Etiopía, son los trogloditas, los cuales vencen a los caballos de ligereza.¹⁰¹

Igualmente, Oviedo se había negado a dar crédito a numerosas fábulas atlantistas a lo largo de su *Historia*, como la isla que contenía la Fuente de la Eterna Juventud, Antilía, el país de la Canela, Jauja, El Dorado o la existencia de las amazonas, marcadas todas ellas por una mitificación positiva e hiperbólica.¹⁰² Había criticado, entre otros, a Pedro Mártir de Anglería y a Francisco López de Gómara con respecto a la veracidad de sus escritos, acusándolos de no haber estado nunca en Indias y representar una historiografía erudita que falsificaba la realidad al difundir leyendas sin fundamento. Dichas críticas llevaban consigo la idea de que existían dos tipos de historiadores: el falso, que utilizaba exclusivamente la *evidentia* retórica e integraba numerosos elementos de fabulación en sus relatos, y el verdadero, que daba prioridad a la observación y la experiencia, en la imagen del cual se reconoce Oviedo.

Al recrear en clave hiperbólica el salvajismo y la barbarie de los patagones, el cronista madrileño los inscribía en unas geografías literarias propias del acto de escritura.¹⁰³ Al reflejar las contingencias contextuales, Oviedo, como decimos, actuaba de editor ejecutivo de otras relaciones, cartas y descripciones manuscritas. Utilizó un método comparativo entre los contenidos de las fuentes, recordando al lector su voluntad de escribir un relato histórico que se acercara a la máxima verdad. En efecto, esta actividad refleja su honda preocupación humanista por establecer la naturaleza de la verdad y su relación con la historia y la literatura.¹⁰⁴ Para ello no dudó en suprimir, añadir o comentar la extraordinaria heterogeneidad del material que llegó a manipular. No es Oviedo, sino Aréizaga, Del Cano, Pigafetta, Transilvano, etc. quienes “testifican”, “dicen”, “cuentan” la verdad de los hechos porque los

¹⁰¹ Oviedo, *Historia*, Lib. XX, Cap. XIV, pp. 258-259.

¹⁰² Véase Coello, *Historia y ficción*, Cap. IV. Las hijas de Marte en el Nuevo Mundo.

¹⁰³ Para un análisis de la Patagonia como una creación de la escritura, véase Á. Uranga, *El eco de la letra. Una genealogía patagónica*, 2002, <http://www.temakel.com/texpaturangaeco.htm>.

¹⁰⁴ Myers, “History...”, pp. 616-25.

vieron y vivieron, convirtiéndolos en las voces autorizadas para narrarlos. Pero, al mismo tiempo, Oviedo también actúa como un extraordinario fabulador para satisfacer la enorme curiosidad intelectual que despertaba el conocimiento de aquéllos lejanos espacios y sus pueblos en los medios cultos de la Europa renacentista.

REFLEXIONES FINALES

Tierra de aventuras y de mitos, de búsquedas y desencuentros, el Mar del Sur se situaba muy lejos del epicentro de la conquista del Nuevo Mundo. En la segunda parte de la *Historia*, el elemento exótico se desplazó hacia las Indias orientales. Pero esta vez, aquel *locus amoenus* antillano, característico de la primera parte, desaparece. En su lugar, Oviedo dedica mucha menos atención a recopilar información sobre la botánica, zoología, geografía y etnografía que a relatar los hechos de los españoles, articulando los dos principios básicos de la preceptiva historiográfica ovetense que definían el espacio: la topografía y la cartografía.¹⁰⁵ Así, el orden expositivo sigue el derrotero geográfico, descendiendo de norte a sur hacia el paso a las Molucas, que se reveló el 21 de octubre de 1520 ante las tres naves restantes de la “armada del Maluco”.¹⁰⁶ Como instrumento de Dios, la expedición de Magallanes dividió el ansiado estrecho para probar la pluralidad de los mundos habitados.¹⁰⁷

A diferencia de la primera parte de la *Historia*, Oviedo narra la historia de unos hombres esforzados por obtener gloria y riqueza (historia “general”) que ya no parecían maravillarse ante una naturaleza exuberante, exótica y hermosa (la historia de las cosas o historia “natural”). Tampoco buscaban conquistar territorios ignotos en tierras lejanas para colonizar a su población, sino establecer relaciones comerciales con los nativos. Lo que a Oviedo le interesaba resaltar en el Libro XX de la *Historia* era el derecho de la Corona castellana a comerciar en un contexto geográfico más amplio, abierto y posibilista. Para ello situó a sus protagonistas en contacto con los habitantes de la *terra australis*, donde lo importante era el viaje mismo.

Pero, ¿cuál era el propósito de la expedición de Magallanes? Su objetivo no era buscar el Paraíso Terrenal, sino más bien, como ha señalado Iacóni-

¹⁰⁵ La cartografía era una de las debilidades de Oviedo, quien no perdía oportunidad de corregir a cosmógrafos de renombre, en una actitud pedante y vanidosa (Salas, *Tres Cronistas*, p. 124).

¹⁰⁶ La nao Santiago quedó destrozada por el oleaje, mientras que la nao San Antonio se separó de la armada y regresó de vuelta a España (Bernand, “La Vuelta al Mundo...”, p. 657).

¹⁰⁷ Como señala A. M. Salas (*Tres Cronistas*, p. 102), la segunda parte de la *Historia* empieza con el establecimiento del Estrecho de Magallanes como la marca más austral para la vía Sur-Norte.

camente Isabel Soler, “hacer negocio”.¹⁰⁸ Un negocio muy deseado por reyes y mercaderes que se basaba en una idea que venía de lejos, esto es, acceder por el oeste directamente a las islas de las especias (canela, pimienta, jengibre, clavo, nuez moscada, giroflé, etc.).¹⁰⁹ La Corona portuguesa no solo estuvo muy interesada en encontrar un paso hacia el poniente, sino que existía conciencia de su realidad. Algo que, según Soler, el emperador Carlos V no tenía muy claro.¹¹⁰ Si como parece, Magallanes no había tenido una idea espontánea y original, el Libro XX de la *Historia* demostraría que la circunnavegación de Magallanes-Del Cano, sin pasar por Venecia ni por los dominios portugueses, no era sino una continuación de la conquista del Nuevo Mundo, liderada, eso sí, por la Corona de Castilla.¹¹¹ Sin embargo, aunque fue una de las gestas más importantes de la historia de la navegación, las expediciones españolas posteriores (García Jofre de Loayza y Álvaro de Saavedra) a las Molucas fueron un auténtico fracaso. Tras la firma del Tratado de Zaragoza (1529), el interés español se trasladó a las islas del Poniente (Filipinas), que al estar fuera de la órbita portuguesa ofrecían nuevas posibilidades.¹¹² En 1542, la expedición de Ruy López de Villalobos zarpó del puerto de la Navidad (México) para establecer una base asiática y averiguar la forma de regresar (“el tornaviaje”) a la Nueva España.

El paso del sur era inviable, y Oviedo lo sabía, pero aun así quiso glorificar las hazañas de los primeros que navegaron sus aguas.¹¹³ En un intenso juego de paráfrasis, de comentarios e interpretaciones intertextuales, de influencias y reelaboraciones de los textos de otros cronistas, Oviedo recurrió a pasajes de ficción –hombres de orejas luengas, gigantes patagones, aves del paraíso– para ejemplificar la “tropicalidad” de las Indias orientales.¹¹⁴ Menospreciar el carácter “literario” de la narrativa imperial ovetense por su utilización de figuras retóricas de diverso signo significa no entender las preceptivas historiográficas de la época. La presencia del ornato retórico no invalida el compromiso de Oviedo con la verdad histórica, pues su fin consistía en dar cuenta de las diferencias y semejanzas entre las naturalezas y culturas del Viejo y Nuevo Mundo.

¹⁰⁸ Soler, *Magallanes and Co.*, p. 7.

¹⁰⁹ J. Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento*, Madrid, 1989, Tomo II: El Pacífico, p. 15; Bernard, “La Vuelta al Mundo...”, p. 656.

¹¹⁰ Soler, *Magallanes and Co.*, pp. 187; 213.

¹¹¹ Padrón, “(Un)Inventing America...”, p. 22.

¹¹² *Ibidem*, pp. 25-26.

¹¹³ Según Otte, Oviedo pretendía la gobernación de Cartagena, que obtuvo en abril de 1525 y perdió en mayo de 1532, para ocultar sus verdaderos intereses: Nicaragua, desde donde podían organizarse expediciones al Maluco (E. Otte, “Documentos inéditos sobre la estancia de Gonzalo Fernández de Oviedo en Nicaragua”, *Revista de Indias*, 73/74 [1958], p. 627).

¹¹⁴ N. Wey Gómez, “Memorias de la zona tórrida: el naturalismo clásico y la “tropicalidad” americana en el Sumario de la natural historia de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo (1526)”, *Revista de Indias*, LXXIII-259 (2013), pp. 609-632; Padrón, “(Un)Inventing America...”, pp. 19-20.

